

# LOS CABALLEROS DE LA ROSA

Historias ciudadanas

Juanjo Conti

 Estelar



*Para mi esposa Cecilia, que completa  
las hojas en el libro de mi vida.*

J. J. C.



# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO .....</b>	<b>7</b>
 <b>1. LOS CABALLEROS DE LA ROSA .....</b>	 <b>9</b>
El salvador del futuro .....	11
Policial .....	16
Obras incompletas de Aldo Albarracín .....	17
Semáforos .....	19
El otro espejo .....	20
La última venganza .....	22
En la farmacia .....	23
El libro buscado .....	25
Tiempo para leer .....	26
Una noche en el bar De las moscas .....	27
Remington .....	31
Los ojos .....	32
El ciruja .....	39
 <b>2. HISTORIAS ESCRITAS BAJO TIERRA .....</b>	 <b>42</b>
Necesitás ir a la manicura, hija .....	43
Comunicado 3421/6.....	44
Magia subterránea .....	45
Charla en el subte subatómico .....	47
Violonchelo .....	48
El inocente .....	50

<b>3. ETCÉTERAS .....</b>	<b>51</b>
2084 .....	52
Anécdotas del maldito nerd .....	53
El recreo más largo de la historia .....	55
El canto de Clementina .....	58
 <b>EPÍLOGO EN DIÁLOGO .....</b>	 <b>68</b>

# PRÓLOGO

El ejemplar que tenés en tus manos, en tu computadora o en tu celular, es mi segundo libro de cuentos. Como el primero, consiste en una publicación independiente en la que recopiló mi trabajo del último tiempo. Estos cuentos, estas prácticas, fueron escritas entre la publicación del anterior (noviembre de 2010) y el día de mi boda (25 de febrero de 2012). Al igual que en *La máquina de los cuentos*, el conjunto de textos es diverso en su composición, temática y estilo. El humor siempre está presente, en sus variadas formas, aunque esta vez menos. También está casi ausente la ciencia ficción, lo que me appena un poco.

Muchos textos fueron escritos en un departamento frente a la Basílica de Guadalupe de la ciudad de Santa Fe y otros tantos en el hostel Sudamerika del barrio porteño de Recoleta. Durante el año pasado viví en ese hostel, actualmente cerrado, unas 12 semanas. Vayan entonces algunas páginas como homenaje a un lugar al cual no se va a volver.

Agradezco la lectura atenta y cariñosa de mis borradores de César, Joel, Melisa, Rayentray y David (se dice Deivid).

Para finalizar este escueto prólogo, una advertencia para mi «yo» del futuro. Mis amigos casados me dijeron que después de contraer nupcias no pudieron volver a leer o escribir. Si eso es verdad éste es mi último libro; esperemos que sea solo otra historia de las que se pueden escuchar por las noches en cualquier ciudad del mundo.





# 1. LOS CABALLEROS DE LA ROSA

*Los caballeros de la Rosa se reúnen todas las noches en el seno del barrio santafesino de Guadalupe. Sociedad secreta, fundada por los sobrinos del ermitaño Javier de la Rosa, tienen por objetivo velar por la tranquilidad del barrio, contar historias y tomar licor de menta.*

*En la agrupación son siempre cinco y cuando uno cumple los 36 años, un sobrino suyo toma el lugar. Su estatuto afirma que el objeto de esta regla es mantener la vigorosidad de la sangre joven en el grupo, pero más de un ex miembro sabe que la verdadera razón está más cerca de ser que sus mujeres no ven con buenos ojos las salidas nocturnas, que de otra cosa.*

*Al momento de escribir este texto, el plantel de la Rosa está formado por el Pelado Gutiérrez, floricultor, Mediana, dueño de un videoclub, el judío Borstein, heredero del supermercado local, Jacinto Ramiro, del que nunca nadie supo su apellido y Cristóbal Barceló, empleado de una empresa telefónica y único miembro del selecto club que sale del barrio todos los días.*

*La noche que los vi por primera vez eran cinco sombras reunidas en círculo a los pies de la basílica. Hacía pocas semanas que me había instalado en Santa Fe para estudiar y pocas veces salía por las noches. Ese día fue diferente, algo en el pesado aire de verano (que todavía no se iba) no me dejaba dormir, por lo que abrí la ventana con la inútil esperanza de que alguna brisa perdida entre a mi habitación y escudriñe la noche forzando mis ojos. Cinco hombres que llegaban de distintos puntos formaban un anillo mientras uno sacaba una botella de abajo de su capa. Me pareció ver un resplandor verde en esa botella, aunque probablemente haya creado ese recuerdo después de que me cuenten sobre los caballeros.*

*Sus historias se confunden con anécdotas ciudadanas, pero si el nivel de la botella de licor de menta baja lo suficiente, éstas pueden volar más alto y contarse en clave fantástica.*

*Todo lo que aparece en este libro son adaptaciones escritas de historias que, escondido en la noche con mi cuaderno en la mano, les escuché contar.*

## El salvador del futuro

*La historia del salvador del futuro se escuchó por primera vez en las calles de Guadalupe contada por el Pelado Gutiérrez, miembro de Los caballeros de la Rosa desde el año 1997. Se trataba de una anécdota que había tenido lugar en su pueblo natal y una noche de invierno, cuando la botella de licor de menta ya casi se terminaba, la contó a sus compañeros al reparo de la basílica del barrio:*

Una tarde de 1982, un grupo de chicos estaba jugando al fútbol en un campito a las afueras del pueblo cuando una luz azul brillante se divisó entre unos árboles. Sorprendidos por el suceso, en un lugar donde nunca pasaba nada, los amigos corrieron a ver de qué se trataba.

Para su sorpresa, en el lugar donde habían visto la luz no encontraron más que a una persona. Vestía toda de blanco y su rostro era pálido en extremo. Otro dato, no menor, es que los muchachos nunca pudieron precisar si se trataba de un hombre o una mujer. Años más tarde, el Gordo Fontana diría «qué mirada severa tenía ese hombre» y Ojera Martínez se asombraría al recordar que él la había encontrado perturbadoramente atractiva.

El personaje se les acercó muy tranquilo y en un lenguaje que parecía forzado les preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar a Máximo Beltrán?

Los chicos empezaron a divagar y a dar indicaciones que se contradecían. Aturdido, el visitante negó con la cabeza y abriéndose paso entre los jóvenes hizo una expresión con una cara muy parecida a la de alguien que toma un mate por primera vez.

Entró al pueblo por la calle principal y se detuvo en el primer negocio qué encontró. En la verdulería no había nadie más que el puestero, quien sin darle tiempo a preguntar nada, lo atacó con espinacas en oferta y manzanas que según él eran un lujo. El visitante no pudo pronunciar palabra y tuvo que salir de ahí sin la información que necesitaba. Lo hizo sacudiendo las manos, como si la situación lo empezara a irritar.

Siguió caminando, preguntándose a quién interrogar, cuando un patrullero de policía se detuvo junto a él. Los oficiales se bajaron y le pidieron documentación.

Como no tenía nada y hablaba muy extraño, no dudaron en cargarlo en el auto y llevarlo a la comisaría para tomarle declaración.

—¿Nombre?

—Capitán Oliverio XX Omega.

—¿De dónde es, Oliverio?

—Soy de acá, vivo en este pueblo.

—¿Cómo puede ser que viva en este pueblo, si nunca lo hemos visto antes?

Oliverio sonrió, sabía que la pregunta correcta que debían hacerle era ¿de cuándo es, Oliverio? Pero evitó ese detalle.

—Soy muy reservado, casi no salgo de mi casa. Puedo ir a buscar mis documentos allí.

Ninguno de los presentes en el interrogatorio le creía y la charla se estaba volviendo algo tensa. Entonces Oliverio volvió a intervenir.

—Busco a Máximo Beltrán, ¿lo conocen?

Por supuesto que lo conocían, varón, 24 años, trabaja de changarín en los campos. Lo habían tenido sentado en ese mismo banquillo en más de una oportunidad.

—¿Y por qué lo busca?

—Su vida está en riesgo y a los míos nos interesa que llegue hasta su destino con la menor cantidad de inconvenientes posible.

Los policías se quedaron mirando atónitos, ¿quién era este loquito vestido de blanco y quiénes eran «los suyos»? Pero cuando volvieron de su ensimismamiento, el extraño personaje ya no estaba en la sala de interrogatorios. Y para salir ellos, tuvieron que abrir la puerta a la que minutos antes le habían echado llave.

Horas más tarde, el visitante, del que estaba ya todo el pueblo hablando, había conseguido unas ropas oscuras para ponerse arriba y vagaba en busca de Máximo. Había levantado la pista de que por las tardes siempre se lo podía encontrar en alguno de los pocos bares locales, pero con poca suerte ya había entrado sin éxito a dos. Cuando abrió la puerta del tercero, una polvareda se levantó a la vez que la puerta que empujaba se arrastraba con fuerza contra el piso. El lugar tenía una iluminación deficiente y los resplandores que entraban por una ventana de vidrio sucio hacían que la atmósfera fuera más tétrica de lo que era en realidad, si eso era posible.

—Estoy buscando a Máximo Beltrán.

Nadie, excepto un muchacho, volvió la cabeza.

—¿Para qué lo busca, compañero?

La voz, que atestiguaba ya haber sido entonada con más de una copa, salía de la boca de Beltrán.

—Necesito verlo porque su vida corre peligro. No va a morir, pero quiero ahorrarle algunos inconvenientes.

Máximo no podía tomar en serio sus palabras, nadie podría haberlo hecho, y resopló en el aire a la vez que le hacía una seña al mozo pidiendo otro vaso de Legui.

El forastero, ya perdiendo su paciencia, se acercó a su objetivo, le apoyó su pesada mano en el hombro y lo invitó a salir afuera a hablar. Cuando estuvieron allí, Beltrán a duras penas se mantenía en pie y el visitante se puso a mirarlo muy fijo. Todos los habitantes que se habían acercado por curiosidad, se mantenían a algunos metros a la espera del desenlace de la escena. ¿Qué le dirá?, ¿le traerá algún mensaje?, ¿le dejará plata? Nadie sabía muy bien por qué alguien se preocuparía por ese peón que nunca había hecho nada, pero la situación era por demás extraña e iba a ser el tema de conversación del día siguiente: nadie se lo quería perder.

Ninguno pudo nunca explicar el final de la historia, pero mientras todos agudizaban el oído con el fin de no perderse un detalle, se escuchó un estruendo que lo hubiese escuchado hasta un sordo. El visitante le metió tal piña a Máximo Beltrán que lo hizo dar media vuelta y caer desvanecido en el suelo. De la boca le saltaron dos dientes y una corona de metal.

El extraño visitante dejó caer sus ropas negras. Se tocó con el índice y el anular derecho el hombro izquierdo a la vez que en forma casi imperceptible decía «misión cumplida». Y allí, ante la incrédula mirada de todos, desapareció.

—¡No nos mientas, Gutiérrez! —se quejó el Judío Borestein.

—Esta es la más pura verdad, compañeros. Esa noche, Máximo Beltrán concurrió a la guardia del hospital del pueblo con los dientes en la mano y la inflamación más grande que se haya atendido en el lugar. Cuando el odontólogo de turno lo vio, casi se cayó de espalda. Bajo la corona perdida tenía una tremenda infección, que de no haber sido descubierta por los fortuitos y fantásticos aconteci-

*mientos, le habría producido sino la muerte repentina, un dolor de mil demonios. Lo que nunca nos enteramos en el pueblo fue qué providencial destino tendría Beltrán o, en todo caso, alguno de sus descendientes.*

## **Policial**

Una familia del barrio residencial de Guadalupe atrapó ayer en horas de la media noche a un ladrón que se encontraba en la casa. El hecho se habría suscitado cuando un conocido de la familia se aprontó a la vivienda y en medio de típicas convenciones sociales el visitante contó un chiste. Grande fue la sorpresa de todos cuando escucharon a alguien riendo en el piso de arriba.



## Obras incompletas de Aldo Albarracín

Se acomodó en su silla de escribir, patas de madera, asiento de plástico y respaldar incómodo. Puso una hoja de papel en blanco en la máquina y verificó que los rollos estaban húmedos de tinta negra. Con un dedo hizo girar uno hasta que llegó al tope y finalmente puso sus manos sobre el teclado. Con los índices acariciaba las letras «f» y «j», y con los meñiques la «a» y la «ñ». El resto de los dedos flotaban en el aire.

47 años y todavía no terminé mi novela, pensó. Frunció el ceño y bamboleó el bigote. Sin usar las manos, a fuerza de puro gesto, maña y práctica, se acomodó los anteojos. Todo estaba listo. Cuando se dispuso a dar el primer teclazo, el pitido de la pava le anunció que el agua estaba lo suficientemente caliente como para prepararse un café. A regañadientes corrió para atrás su silla, hizo lugar a su estómago que había quedado ocultado bajo la mesa y caminó a la cocina.

Mientras batía enérgicamente el café con la cuchara y esperaba que tome esa consistencia especial, se puso a pensar en su vida. Había estudiado, se había casado, había tenido un hijo, luego otro, con su mujer los habían criado, los vieron crecer, y se habían ido. Una vida «clase turista», sencilla, sin lujos. Ahora sí, todo su tiempo, su valioso tiempo, era para él. Por supuesto, todavía tenía que ir a trabajar y su mujer le requería cierta atención de vez en cuando; pero no era lo mismo que antes, no era lo mismo que cuando tenía llevar a los chicos a la escuela o cuando tenía que quedarse toda la noche despierto cuidando a uno por que se había pescado una tremenda pulmonía. Ahora él era el centro, era el rey.

Café en mano volvió a su lugar de trabajo y silenciosamente repitió el ritual. Caricias, teclas, bigote. Estaba tomando carrera cuando de repen-

te sonó el timbre. Incluyó la cabeza hacia un lado, como una solitaria y silenciosa forma de maldecir, abriendo un poco los ojos y cerrando la boca. Era el cartero con un impuesto. No sólo me interrumpen, además es para pagar, pensó. Por lo menos lo hubiese dejado por debajo de la puerta.

Ahora sí, la tercera es la vencida. Tomó un trago largo de su bebida y frenéticamente empezó a tipear. Las palabras, las escenas, los lugares, los personajes, los diálogos, todo brotaba de sus dedos con la fuerza de una revolución. Por momentos escribía tan rápido que los martillos de la máquina se trababan y tenía que apurarse a destrabarlos para poder seguir. Las manos ya se le habían llenado de tinta, pero no podía parar. Si dejaba que el momento se interrumpa, ¿quién sabe cuánto tiempo pasaría antes de que los planetas vuelvan a alinearse? Además, ya había perdido la mitad de la mañana y en cualquier momento llegaría su mujer.

Dicho y hecho, a los 5 minutos escuchó cómo alguien metía una llave en la cerradura de la puerta principal. Era ella, no había dudas. Escuchó sus típicos intentos fallidos que habían dejado marcas en toda la puerta y su tradicional amague con el picaporte. También estaba el hecho ineludible de que sólo ella y él tenían llave de la casa.

La recibió con un afectuoso beso en la mejilla, a la vez que dejaba tras de sí la máquina de escribir con tres cuartos de carilla completa. Toda una hazaña para sus métricas.

*Muy en su interior sabía que nunca iba a terminar la novela. Lo que realmente lo entusiasmaba era la idea de escribirla. Más tarde guardaría sus cosas, para otro día volver a empezar; sin saber, por supuesto, que su historia era contada por alguien más.*

## Semáforos

En la esquina de Padre Genecio y Patricio Cullen hay un semáforo. En realidad son 2 semáforos, uno para la mano sur-norte y otro para la mano este-oeste. Como todos saben, o todos los que quieren saber, saben, en Guadalupe habitan muchos demonios. No es algo que hable mal del barrio, tal vez incluso lo contrario. Todo el mundo sabe, o todos los que quieren saber, saben, que Satanás distribuye geográficamente sus fuerzas como si estuviese jugando al TEG; de forma precisa y metodológica en función de la fe de los habitantes del mundo. Sea como sea, en Padre Genecio y Patricio Cullen hay 2 semáforos y los demonios lo usan para divertirse.

Recuerdo una tarde en la que manejaba de sur a norte. Cuando llegué a la esquina el semáforo se puso en rojo. Como un reflejo conté el casi minuto que tarda en cambiar de color pero nada pasó. Miré hacia la izquierda y vi que en la calle perpendicular otros autos que esperaban también el cambio de color. En esa época no sabía nada sobre los demonios de Guadalupe y las formas que tenían de divertirse, por lo que atribuí el hecho a un mal funcionamiento del sistema.

## El otro espejo

Con un movimiento de muñeca me acomodó la corbata, mientras asomado al espejo me regalo a mí mismo una sonrisa. La afeitada no está como la de la propaganda pero va a tener que servir. No estoy seguro para qué me preparo tanto. Ropa nueva, colonia, debe ser alguna cuestión importante. Importante o una visita al médico. Uno siempre se arregla para ir al médico. La verdad, ahora que lo pienso, me extraña no saber a dónde estoy por ir.

Últimamente me estoy sintiendo extraño. Por un lado está el tema de los recuerdos del pasado. Son muy vagos y en ocasiones se mezclan. Luego están las cuestiones relacionadas a mis planes futuros. Es como si viviera en una especie de limbo. Debe ser por el mucho trabajo que estoy teniendo. Mejor no preocuparse. No preocuparse... en otras circunstancias tal vez podría, pero ahora no. Algo aún más perturbante que desconocer el pasado y no vislumbrar el futuro es lo que me pasa en el presente. Cada tanto siento como desmayos muy profundos. Es como si me quedara tirado, por horas, para luego resurgir, totalmente despierto.

Se volvió a mirar al espejo, pero ahora su ropa era distinta. Calzoncillos largos y una camiseta blanca conformaban su ropaje. Ahí estaban otra vez las lagunas y las migrañas. No recordaba haber salido ni haber vuelto. Ni siquiera se había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo. Ya era de noche. Santo Dios, ni siquiera recordaba haberse puesto su ropa de cama.

Mientras se miraba en el cristal una idea descolgada le llegó. Pensó que muchos habían escrito sobre los espejos. A Borges le aterraban y

Galeano incluso llenó un libro con ellos. También estaba ese cuento, Consuelo, primer premio en el Certamen Literario para adolescentes El Puente 2010, en Santa Fe. Predecible. Todos los cuentos sobre espejos son predecibles.

Ahora estaba frente al espejo afeitándose. Espuma, el metal contra su piel. Alguna gota de sangre. Se enjuagó el rostro y lo secó. Luego, mientras se alejaba, y en el preciso momento en que desaparecía del reflejo, se desvaneció.

Del otro lado del espejo, su alter ego Juanjo Conti, sale del baño tranquilo y toma el desayuno. Ni se imagina que en un mundo paralelo, pero igual de real al suyo, su otro yo seguirá desmayándose y despertando. Muriéndose y resucitando. Cada vez que el verdadero él, desde el lado correcto del espejo, deja el reflejo para ir a vivir su vida.

# La última venganza

Llegó el momento de ajusticiar al último. Uno a uno, se había encargado de todos los que lo habían agredido, maltratado o insultado en su vida. Empezó por el último y, año a año, fue recorriendo mentalmente su existencia, tachando gente en su lista de deudores. Ante sus ojos estaba el Dr. Cortés, inmóvil, sin saber a qué se debía su presencia. Era el último e iba a pagar por esas nalgadas que le propició cuando su madre lo dio a luz.

## En la farmacia

Entré a la farmacia Luz y Fuerza de la ciudad de Santa Fe, unos minutos antes de que cierren la puerta al público. Adentro éramos 300 almas. Apreté el botón para que la máquina me dé un número. 318. Y a esperar. Por lo menos puedo sacar el celular y navegar un poco. Debo ser el más joven, el resto de las personas son del club del PAMI o están tramitando el ingreso. Me distraigo leyendo un cuento de Cortázar, *La señorita Cora*, y cuando me doy cuenta van por el 315. Mejor me arrimo para cuando me llamen, las chicas del mostrador no tienen mucha paciencia y al segundo ya le incrementaron uno al contador. 316. Y ahí va otro que perdió su turno por despistado. Ahí lo veo agitando el brazo desde el fondo. Gordo, pelado y bajito, las tiene todas el pobre. Todo para llegar al mostrador, mirar para arriba y leer «No se atenderán números atrasados». 318. Yo, permiso. Hola, ¿qué tal? Tengo que llevar este medicamento, es para la alergia, tomá la orden, ¿la tarjeta de la prepaga? Sí, acá. Otro con paciencia fingida, yo estoy acá desde las 8 de la mañana para que este pibe venga a hacerse el relajado, te voy a pedir todo, todo y más bien que no te falte ni una firma. Encima hoy me quería ir a comprar un pantalón al centro, ¿qué hora es?, ¿las 8? Ahora ni ganas tengo. Te falta la fecha ¿Qué fecha? La fecha de emisión, no te puedo vender un medicamento recetado sin fecha. Tenés 30 días hábiles para buscarlo una vez que te lo recetan, pero si no tiene fecha no te lo puedo vender. Tiene que estar de puño y letra del médico. Pero si acá está la fecha, fecha de emisión dice ¿A ver? ¡Oh!, sí al costadito. Ahora tengo que hacer mi risita tonta, lo quise sacar corriendo y me corrió él. Bueno,

al fin de cuentas qué culpa tiene. Te van a llamar con este número, y después pasás por caja. Con el calor que hace me sorprende que no se descompense alguien. Bueno, a esperar de nuevo. Sigo con La señorita Cora. ¡Uh! No termino de pensarlo que se desploma una vieja. 299 almas. 318. Firmá acá, tomá el papel, pagá en caja y volvé a retirar el medicamento. Me dirijo a la cola. Dos segundos después viene una señora y me pregunta si soy el último en la cola. Recordando un cuento de un autor desconocido le sonrío y le digo que no, que ahora es ella.



## El libro buscado

Por años su vida se había cruzado con el nombre de ese libro. Lo mencionaban profesores y amigos. Lo escuchaba mencionar tanto en la biblioteca como en la pizzería. Alabado el autor, uno a uno sus encuentros con literatos e improvisados terminaban muchas veces con una referencia al texto. Por supuesto, su interminable lista de lecturas nunca lo dejaba en la situación de tener que salir a buscar un nuevo libro, y así fue como pasaron los años sin encontrar la ocasión de leerlo. Pero un buen día, paseando la vista por los viejos volúmenes de una tienda de libros usados, lo vio. Pagó los billetes que lo separaban de poseerlo y, llevandoselo bajo el brazo, caminó bajo la lluvia hasta su casa. Preparó té y se puso a leerlo. No resistió más de media página y lo abandonó.

## Tiempo para leer

Sin remordimiento vio al bibliotecario tendido en el suelo, abrazó todos los libros que pudo y esperó a la policía. Ahora sí iba a tener tiempo para ponerse al día con sus lecturas.

## Una noche en el bar De las moscas

La noche en que Pedro y Juan conocieron el bar De las moscas fue también la noche en que Mary, quien iría a ser la nueva moza, se fue corriendo de su casa en Coronda y golpeó tras de sí una pesada puerta de madera poniéndole fin a una vida de abusos. Pero de su historia nos ocuparemos más tarde, o en otro texto, o nunca.

Pedro, con dieciocho años recién cumplidos, y Juan, quien atravesaba los diecisiete, abrieron la puerta de metal del tugurio y se metieron adentro. Afuera, el frío de la noche era insoportable, pero la mirada fría de los parroquianos que estaban allí bebiendo se les hizo más pesada aún. Tratando de fingir familiaridad se acercaron a la barra, arrimaron unas butacas altas y le pidieron al cantinero dos lisos.

El cantinero, un vasco entrado en años y pasado en kilos, los miraba con desconfianza a la vez que usaba una rejilla blanca que antes colgaba sobre uno de sus hombros para secar un vaso que había tomado del escurridor.

Una rockola en un rincón del salón tocaba un apagado recuerdo de blues y desde las pocas mesas ocupadas les habían dejado de prestar atención ni bien entraron y se sentaron. El bar era conocido por ser un lugar de encuentro de los hombres del barrio cuando ya habían pasado los cincuenta, pero sin un plan superador, los amigos se habían decidido a conocerlo ese 20 de julio de 1989.

Después del segundo liso, Pedro enfiló para el baño y Juan se quedó sentado mientras lo miraba irse sin ninguna explicación ya que el destino era obvio. Sin otra actividad para pasar el rato, Juan se

puso a estudiar a los habitantes de ese submundo. El primero en el que reparó era una cara desconocida para él. Un hombre que habrá tenido más de sesenta y cinco años, tomaba cerveza en jarra a la vez que jugaba con las cáscaras de los maníes que se había terminado minutos atrás. Con la mirada perdida apuntaba al televisor pero Juan dudaba que estuviera escuchando siquiera. Lo que se proyectaban eran los últimos diez minutos de la repetición de un deslucido Boca-San Lorenzo que terminaba 0 a 0, sin pena y sin gloria en el '64.

En otra mesa había dos personas jugando al dominó, cada una con un vaso de Gancia a su costado y un limón apretado entre las fichas. Cada dos por tres se escuchaba resoplar a alguno e incluso en un momento de nerviosismo uno le dio con la palma abierta de lleno a la mesa de metal que resonó en un estruendo. Tal fue el ruido que despertó al ocupante de la tercera de las mesas; a éste sí lo conocía, era el Sr. Duran, un mecánico del barrio.

Cuando Pedro volvió se puso la campera y empezó a hacer ademanes para la retirada. Juan lo empezó a seguir en piloto automático cuando el cortante ruido del vidrio contra la madera vieja de la barra los hizo volver a mirar al cantinero. Sirvió primero una copita, la del estruendo, y luego otra. Sin mirarlos a los ojos se las arrimó para que bebieran. La botella tenía la etiqueta roída por los años y el líquido del interior tenía un color amarillento brillante. De nuevo en su posición habitual, secando alguna cosa con su trapo, el bolichero les habló.

¿Por qué se van tan rápido si todavía no encontraron lo que vinieron a buscar? La pregunta los agarró por sorpresa y sin atinar a contestar nada, los dos amigos se quedaron mirándolo, como hipno-

tizados por el regular movimiento del trapo dentro del vaso de vidrio que formaba una y otra vez un semicírculo.

Ustedes vinieron porque quieren escuchar historias. Yo trabajo en este bar porque las quiero contar. Todos los objetos del bar encierran una historia y todos los habitantes del bar, más tarde o más temprano pasan a formar parte de alguna. Les voy a contar la historia de la moneda en el inodoro.

Una noche llegó al bar un cafisho vestido en un traje negro, con zapatos brillosos y una bufanda gris. Me pidió un trago que no recuerdo pero que tampoco conocía. Le serví una cerveza. La estuvo mirando un rato largo hasta que se decidió a probarla. Cuando no había tomado ni siquiera la mitad, otro hombre vestido de forma muy similar abrió la puerta del bar de una patada y se dirigió sin preámbulos al primero. Discutían por plata, o por una mujer, no les entendía bien. Hablaban en un dialecto italiano muy cerrado. En un momento, el que había llegado primero atinó tal piña que dejó a su rival regulando en cuarta. Sin perder mucho tiempo, el primero intentó darse a la fuga por la entrada principal, pero apenas se asomó pegó la vuelta. Debió haber visto a otros esperando afuera, y sin pensarlo mucho se escabulló derecho al baño de hombres, el único baño. Estaba ya con medio cuerpo afuera cuando el segundo, ya reincorporado, lo alcanzó. Tenía una pierna colgado de la ventanilla y la cabeza todavía de este lado. El segundo sacó un arma y sin darle tiempo a gritar, apretó el gatillo tres veces. El primero calló desparado en los pies del sanitario y de sus bolsillos saltaron decenas de monedas de un peso. Una de las monedas, de tanto rebotar, cayó derecho dentro del inodoro y quedó allí, bajo 10 centímetros de agua

que cada vez que uno de mis clientes hace su pasada, renueva. El tirador y otro que se había asomado por la entrada principal se fueron como llegaron; un auto negro los esperaba en la puerta y, ni bien el trabajo estuvo completado, dejaron la escena para nunca más aparecerse. Al fulano se lo llevó la policía una hora más tarde, los clientes que había en ese momento se repartieron las monedas y yo tuve que cerrar más temprano. Se repartieron todas las monedas, menos una. La del inodoro quedó ahí, perpetuada por la capa protectora de desechos humanos, aferrada el fondo como si no quisiera irse. Un par de veces pensé en sacarla con una pinza o un guante (ni loco meto la mano en ese orinal) pero casi se había convertido en un ícono del lugar, como la cabeza de ciervo que cuelga sobre aquella chimenea o el cuadro, regalo de López Claro. La gente hablaba sobre la moneda entre copas, se habían creado chistes en función de ésta y algunos incluso aseguraban que tenía poderes mágicos. No faltó un borrachín que se quedó rezando dormido, parado frente al inodoro.

Pedro miraba con curiosidad, venía del baño pero no recordaba la moneda. Tampoco recordaba haber escudriñado mucho el fondo del inodoro. Él llegó, hizo lo suyo y se fue. Ante la duda, antes de dejar el lugar, se pegó una corrida hasta el baño. Y allí estaba.

*Quando Gutiérrez terminó de escuchar la anterior historia de boca de Medina, hinchado en cólera le largó: «No podés ser tan vástago de meretriz para terminar así la historia, ¿y el final?». Medina dio una carcajada, siempre le pareció divertida la forma refinada y culta que tenía el pelado para insultar. Mientras más palabras difíciles usara, más enojado estaba. «El final te lo cuento en la próxima, ¿dale?».*

## Remington

Revisando papeles viejos, encontré esto que escribí hace varios años:

*Soy un escritor noctámbulo. No es que escriba de noche porque abí encuentre a las musas o por que me guste el silencio de la ciudad durmiendo. Lo mío es más bien una cuestión de estereotipos. Siempre empiezo por la pinta. De hecho fumo pipa y procuro tener los cabellos revueltos. Mi problema es la Remington y el sonido que hace cuando tipeo. Todas las noches corto mi sesión de escritura cuando el vecino de abajo me toca el timbre y me pide por favor que pare, que quiere dormir.*

Lo torturé 7 años hasta que en 1992 me compré una computadora. Lamentablemente, con la Remington se fue la inspiración.

## Los ojos

Esa noche en Guadalupe la tormenta era más fuerte que nunca. El agua se agolpaba contra las ventanas con una fuerza devastadora y el aullido del viento hacía temblar al más intrépido de los que por una u otra razón habían sido asaltados en la calle por la tempestad. Laura, por su parte, estaba sola en su gran caserío. Lo había heredado de una tía abuela y se había venido desde el Chaco a Santa Fe con la idea de estudiar abogacía. 7 años y 16 materias después, se dio por vencida.

Ya con pocos ahorros y sin parientes cerca, tuvo que decidir qué hacer con su vida. Una opción era vender la casa en la que había vivido los últimos años y regresar a su provincia natal. La otra, hacer frente a la situación y salir adelante. La solución la encontró de la mano de un hobby de su infancia: la floricultura.

En el inmenso jardín de la casa armó un invernadero, y en él empezó a cultivar gran variedad de flores. Tenía crisantemos y lisianthus, rosas y claveles. Se especializaba en flores blancas, ideales para novias.

La noche de la tormenta se encontraba totalmente sola. No estaban las amigas que solían ir a cenar ni el jardinero que a veces trabajaba hasta tarde iluminando su trabajo con los faroles del patio. Antes tenía un perro, pero ahora ni siquiera eso. Había sido atropellado por un camión repartidor de flores que venía a buscar la producción de Laura. El conductor juraba no haberlo visto y Laura se deshizo en insultos hasta que al final, sin poder controlar su histeria, le gritó que se fuera, que prefería que sus flores se pudran o que adornaran la tumba



de su mascota, antes de vendérselas a él. El hombre nunca volvió.

De Beto, el perro, lo único que quedaba era un plato de comida con su nombre, un recuerdo tonto que ella llenaba con comida cuando lo extrañaba mucho, y la pequeña puertita, un orificio en la puerta principal con una tapa retráctil, por la que el canino entraba y salía de la casa a voluntad.

Esa noche Laura estaba justamente recordando a Beto cuando los vio. Desde uno de los ventanales, desde la tormenta, unos ojos afilados y verdes la contemplaban apacibles. En un movimiento repentino, asustada, casi tumbó una silla por su brusco movimiento, y cuando volvió a incorporarse ya no encontró nada en la ventana. Pensó que ya se estaba haciendo tarde y el cansancio le había jugado una mala pasada. Sin darle importancia al hecho, apagó la última de las luces que estaban encendidas y se fue directo a la cama.

Cerca de las dos de la madrugada un ruido en los cristales de su habitación la despertó. Por un instante vio una sombra horrible que se arrastraba sobre la pared, pero luego de frotarse los ojos con ambas manos, la sombra ya no estaba. «Me debo estar volviendo loca», pensó Laura, y riéndose de sí misma intentó volverse a dormir.

Una hora más tarde, harta de darse vuelta para un lado y para el otro, decidió levantarse por un vaso de leche como una fórmula infalible para conciliar el sueño. Se puso las pantuflas, se ató la bata e intentó accionar el interruptor de su velador. No funcionaba. Sacó una vela de su cajón y, candelabro en mano, fue hasta la cocina. Con el vaso de leche servido, se paró frente al ventanal y contempló la lluvia regar su patio. Era una lluvia distinta a la que había contemplado antes de acostarse. Ya no era irrespetuosa y atolondrada, bramando y

soplando sinsentidos, sino que era pareja. Vigorosa, pero prolija. Fue durante su contemplación que un relámpago la trajo de regreso a la habitación y sus pensamientos dejaron de volar. Apenas pasó el momento, sintió un miedo terrorífico. En el instante que la luz iluminó el patio, le pareció volver a ver ese par de ojos verdes que la miraban desde lo profundo del jardín.

Apuró el vaso de leche y de un trago se tomó la mitad. Lo miró con desconfianza, pensando que un vaso de whisky hubiese sido más apropiado para la ocasión. Y mientras lo miraba, escuchó algo que no escuchaba hacía dos años. La puertilla de su perro se balanceaba suavemente como si él acabase de entrar. El rechinar de la falta de aceite en el último tiempo hizo que la sensación sea estremecedora.

Algo desesperada empezó a buscar con la mirada en los rincones de la casa, tomó una escoba en su mano y se puso en posición de cacería. Tal vez fuese una rata de esas que suben desde el río. Tal vez algo más. Caminando sigilosamente llegó hasta la habitación contigua y allí la vio. Comiendo del plato de Beto había una oscurísima gata negra.

Ya más tranquila y con una sonrisa que empezaba a dibujarse en su cara, se acercó al animalito para acariciarlo. Pobre gatita, ¿te perdiste? Lentamente extendió su mano hasta casi tocar su cabeza pero, en el instante en que estaba por alcanzarla, el estruendo de un trueno las sacudió a ambas y la gata desapareció raudamente por la puerta de la habitación.

La empezó a buscar por las distintas habitaciones hasta que solo quedaba su dormitorio. Tenía la puerta cerrada, pero de todas formas lo intentó. Cuando entró, encontró a la gata relamiéndose su

lomo, tendida sobre la cama. Cuando se le acercó, con menos paciencia que la primera vez, el animal, como una bomba de humo negro, se esfumó.

Esa noche le costó dormir pero finalmente lo hizo. Al otro día le contó la historia al jardinero, un italiano entrado en años que también atendía el jardín de su tía. Puede sonar algo extraño que una persona que tiene su propio vivero también tenga contratado a un jardinero, pero así era. Lo suyo eran las plantas pequeñas, las flores, y el parque de la casa tenía muchos arbustos ornamentales y árboles que requerían atención.

El jardinero se puso bastante nervioso ante la noticia de la aparición de la gata y, esquivando las preguntas que el hecho le había suscitado a Laura, se alejó con la tijera de podar en la mano, haciendo cortes en el aire y cerrando con una frase: «No deje entrar más a esa gata del demonio».

El resto del día Laura estuvo ocupada con su trabajo, pero el recuerdo de la noche anterior y de la fugaz charla con el jardinero le volvía cada tanto como una espina que se clavaba en su mente. Tanto fue así que a la noche, cuando ya no había proveedores con los que hablar ni camiones que despachar, llamó por teléfono a la casa de este buen hombre.

No estaba, pero en su lugar su mujer atendió el teléfono. Sin tapujos le comentó la razón de su llamado, el extraño encuentro con la gata (a esta altura no estaba segura si había sido real o un sueño) y la evasiva respuesta de su marido. Mientras hablaba sintió que algo se congelaba del otro lado de la línea. No lo dio a entender con sus

palabras, pero la anciana cambió su tono de voz y su predisposición para la charla. «No sé nada de eso y no lo moleste a Fermín». Y casi con un susurro pronunció las palabras finales de la conversación. «Ya suficiente tuvo con la Señora». Colgó el teléfono.

Laura se quedó pensativa con el inalámbrico en la mano. Sabía a quién se refería con «la Señora», pero no podía adivinar de qué se trataba. Como un tornado, el final de la conversación la arrastró a su pasado, a los veranos que, viviendo en el Chaco, venía a pasar a Santa Fe. Con «la Señora» todo el personal doméstico se refería a su tía abuela.

Corrió al altillo y buscó una caja de madera que recordaba. Finalmente trabajada, pero ahora cubierta de polvo, allí estaba; en el mismo rincón que la había dejado varios años atrás cuando se mudó. En el baúl había puesto todos los objetos de la antigua habitante de la casa que por alguna razón no se había animado a tirar. Lo abrió. Había 2 peinetones, perfectamente conservados. A una cajita de música, que delicadamente sacó, le dio cuerda para escuchar una versión extremadamente simplificada de Para Elisa, y la apoyó en el suelo. El resto eran papeles viejos, algunos cubiertos de plata, y lo que ella buscaba: el álbum de fotos de su tía abuela. De tapas duras de cuero negro, lo puso en su regazo y empezó a pasar, una a una sus hojas. Cada hoja, protegida por una lámina de finísimo papel pero de una transparencia arenosa, hacía que cada juego de fotos se le presentara a la vista luego de un par de segundos de preludio en el que las imágenes pasaban de ser borrosas siluetas a las vivas imágenes que recordaba.

Así, pasando una a una, y con los compases de Beethoven como escenario, llegó a lo que buscaba, en una foto de su tía sentada en un sillón mecedor, a sus pies, sonriente, mostrando sus dientes, casi relamiéndose y con una actitud de soberana, estaba la gata negra.

Esa noche cuando dormía, un maullido la despertó. Abrió los ojos y rápidamente se incorporó en la cama encendiendo el velador y escudriñando la habitación. Se levantó y caminó sobre el piso de madera. La puertilla de Beto seguía clausurada con cinta como la había dejado antes de acostarse, pero el plato del perro estaba vacío. Se estremeció y una gota de sudor frío le bajó por la nuca, escondiéndose en la remera blanca que llevaba. Escuchó unas notas apresuradas en el viejo piano que adornaba la sala de la chimenea y corrió hacia allí. Sobre las teclas, moviendo su cola y mirándola fijamente, estaba la gata negra. Laura volvió a intentar establecer un contacto. Lentamente se sentó en el banquillo del piano y la miró fijo. Sus ojos se encontraron y no dejaron de mirarse, sin que ninguna pestañee, por un minuto completo. De repente y sin ningún aviso previo, la gata estiró su pata dándole un zarpazo en la cara y dejándole un corte en la mejilla. Laura se llevó la mano a la cara y sintió la tibia humedad de la sangre recién liberada. Cuando volvió la vista al piano, la gata ya no estaba.

La situación ya la estaba molestando. Pasaba de un jueguito en clave fantástica a una migraña que no la dejaba dormir. La siguiente mañana lo encaró al jardinero sin preámbulos «¿Qué sabe sobre esa gata negra y qué tiene que ver con mi tía?». El hombre estaba mudo, casi temblando se puso la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y sacó un sobre doblado. «Contiene mi renuncia y una carta que tal

vez le despeje algunas dudas». Sin decir nada más, clavó en el suelo la pala con la que había trabajado los últimos cincuenta años, dio media vuelta y se fue para no volver. El temor a que la historia se repita no le permitía quedarse en esa casa.

*Seguramente los abogados le habrán dicho que su tía abuela murió de un infarto al corazón mientras dormía la noche del 23 de noviembre de 1985. Yo puedo decirle que no fue así. Lo sé por que ese día me había quedado trabajando hasta tarde. Cuando estaba limpiando mis herramientas, miré hacia la ventana de su habitación y la luz estaba encendida. Alcancé a visualizar su silueta aunque no creo que ella me haya visto. Mientras la observaba, silencioso en la noche, escuché un grito desgarrador. Corrí hacia de la casa, tuve que tumbar la puerta de servicio porque ya estaba cerrada con llave. Cuando llegué a su habitación, estaba tendida en el piso ya sin vida y a sus pies, la maldita gata negra relamiéndose.*

*La gata había aparecido una noche de tormenta (así me lo había contado la señora) y en la noche de su muerte se cumplía exactamente un mes. En ese mes, su tía había cambiado mucho. Había dejado de ser quien era. Se había vuelto loca.*

Laura tragó saliva. Miró su celular: 25 de octubre. La gata había aparecido dos días atrás.

## El ciruja

La noche estaba cerrada de oscura. Afuera llovía y adentro... adentro también llovía.

El ciruja Ramírez extendió su brazo fuerte y lleno de bello para tomar la guitarra. De madera resistente, había sabido brillar antaño. Acariciando las cuerdas, le cantó algunas coplas al agua que caía desde el cielo.

El silbido de la pava anunció que el agua estaba lista y la copla se cortó por la mitad. Se levantó del suelo, donde estaba tirado arriba de unas frazadas junto al perro y se arrimó al pequeño anafe que era alimentado por el gas de una garrafa. Apagó el fuego y llenó la calabacita de yerba secada al sol que guardaba en un tarro plateado de leche en polvo.

El trabajo que le dio abrir la lata lo transportó al pasado, a los años en los que en la casa había una mujer y había un bebé. Se quedó como hipnotizado, con la mirada perdida atravesando la ventana pero sin tanta fuerza como para atravesar la lluvia. Esos tiempos ya no iban a volver.

Chupó la bombilla con fuerza y logró destaparla. El amargo que entró por su garganta se le hizo exquisito. Hacía varias horas ya que no le tiraba algo al cuerpo y éste se lo había hecho notar.

Parado como estaba, junto a la ventana, se terminó la pava entera. Juntó la yerba usada en una bolsita; si tenía suerte al día siguiente saldría el sol. Limpió la calabacita con agua de la canilla. Con una pequeña sacudida dio por terminada la lavada y sin nada que oficie de escurrer platos, la dejó boca abajo sobre un repasador que ya hacía días descansaba seco y duro sobre la mesada.

Ya estaban asomando los primeros rayos de la mañana cuando enfiló para la catrera. Nunca había sido un hombre de la noche, pero desde que cambió de vida no había podido pegar un ojo bajo la luna. Un terror indescriptible lo aterraba cuando se iba a acostar y hasta que no sentía la seguridad de Febo, no podía entregarse a los brazos de Morfeo.

Si se acostaba por la noche, siempre se repetía la misma pesadilla. Su pequeña Victoria, aunque bebé, llegaba caminando hasta estar junto a su lecho para empezar a llorar con desesperación. Cuando él intentaba calmarla pasaba lo verdaderamente tenebroso. Cada vez que, en el sueño, acariciaba a su hija, una parte de su cuerpo se desprendía. Así, si intentaba tomarla del brazo, la dejaba sin extremidades, si la acariciaba, le dejaba su mano marcada en el rostro y si intentaba revolverle los cabellos con las manos, le atravesaba el cráneo. Al final, la niña terminaba deshaciéndose completamente para convertirse en una montañita de arena.

Los mediodías lo encontraban siempre boca abajo, resoplando alguna idea que a la noche anterior le había quedado dando vueltas en la cabeza. A regañadientes se ponía de pie. No necesitaba vestirse porque no se sacaba la ropa para dormir. Se lavaba la cara con agua muy fría y salía a la calle a buscarse algo de vida. Con un carro que había construido él mismo, con ruedas de bicicleta robada y una carrocería de chapa pintada de rojo, recorría las calles de la ciudad juntando cartones, vidrios y cualquier otra cosa que la gente le daba y que él luego podía vender.

Un día cualquiera, mientras cartoneaba con el carro, llegó a la puerta de una casa donde algunos obreros estaban sacando cosas



a la calle: muebles viejos, bolsas con ropa y una estatua. Según le comentaron, la casa estaba deshabitada hacía algunos años y unos parientes lejanos del dueño la habían vendido para poner un centro comercial. El viejo caserón sobre una de las avenidas de la ciudad les debía haber representado un buen dineral. Era tal el abandono que tenía el ciruja, no sólo de su cuerpo sino también de su mente, que no reconoció el lugar hasta que, mientras se abría paso entre los muebles, estuvo frente a frente con la estatua. Cayó de rodillas y lloró amargamente, mientras la niña de sus sueños lo contemplaba inmóvil con sus ojos de piedra.

## 2. HISTORIAS ESCRITAS BAJO TIERRA

*En la primavera de 2007, Cristóbal fue enviado a trabajar a la Capital Federal. Lo que se presenta a continuación son historias que él relatará a sus compañeros al regreso. Cristóbal fue miembro de Los caballeros de la Rosa desde marzo de 2002 a febrero de 2012, cuando se casó. Fueron incluidas en una sección llamada Historias escritas bajo tierra, por que nacieron en sus viajes en subte.*

## Necesitás ir a la manicura, hija

Cosas realmente cómicas suceden todos los días a plena luz. Como esa señora, muy sofisticada, vistiendo un trajecito de diseñador y sombrero de ala, que llevaba a su hija por La Capital de negocio en negocio, mirando todo y no prestando atención a nada. En una mano llevaba una revista, de las inflexiones de los codos colgaban las bolsas de sus compras y en la otra mano tenía a su niña. Cuando llegaba a una esquina y un semáforo detenía su galope, soltaba a su primogénita y tomaba el teléfono móvil. Con una habilidad que no habría adivinado, pasaba su pulgar izquierdo por toda la pantalla: miraba el mapa, chequeaba Facebook y contestaba SMS. Cuando el semáforo la habilitaba, guardaba el teléfono, volvía a tomar a su hija y retomaba la marcha.

Cuando yo la vi, llegaba con la niña caminando de muy mala gana a la avenida 9 de Julio. Cuando frenaron la marcha, había unas doscientas personas esperando para cruzar. La mujer volvió a realizar el ritual y ocupó su mano izquierda respondiendo una invitación a jugar canasta por la tarde con otras señoras paquetas como ella. Lo gracioso ocurrió cuando quiso tomar a su hija y emprender nuevamente la marcha. En lugar de la suave mano de la pequeña, con toda confianza agarró una mano más áspera.

Ceferino Ortega sufre de enanismo, es desocupado y pide monedas por La Capital. A él también lo agarró por sorpresa, cuando de imprevisto sintió un tirón en el brazo y se lo llevaron arrastrando por la avenida más ancha del mundo. La señora no se dio cuenta hasta que llegó al otro extremo. A 140 metros, la pequeña se quedó mirando la escena con sus labios temblando a punto de largarse a llorar.

## Comunicado 3421/6

La municipalidad ha dispuesto que comiencen a circular por la ciudad móviles urbanos invisibles con el objetivo de ayudar a la población a cumplir con la reglamentación de no cruzar la calle cuando el semáforo está en verde. La medida, si bien puede parecer algo dura, dio excelentes resultados en otros municipios. Es para los ciudadanos muy instructivo ver personas que cruzan en verde explotar en el medio de la calle.

## Magia subterránea

Luego de un día caluroso de trabajo en la Capital Federal, me metí en el subte como una forma rápida de llegar a mi departamento. Llevo dos años viviendo en esta ciudad y ya perdí el entusiasmo de los primeros meses por el tren subterráneo. Mi cara ya es la de todos los porteños, aburrida, de mirada perdida o con los ojos sobre alguna lectura ocasional, escuchando los ruidos de la vía de fondo. Por suerte, para variar un poco, en la línea D siempre hay algún «espectáculo». Un viejo borracho cantando folklore, un joven chileno que se cree Luis Miguel con su guitarrita al hombro tratando de enamorar a alguna señora, o un tanguero de los arrabales. En esta ocasión fue el turno de Marcos, de México: mago.

Cuando las puertas se abrieron y me apuré a entrar, la función ya estaba empezada. Agitaba en sus manos un mazo de cartas mientras señalaba victorioso una con el dedo, seguramente antes elegida sin mostrársela por alguno de los pasajeros. Volvió al extremo del vagón y se acercó a una señorita que no le prestaba nada de atención. La colegiala estaba encerrada en sus propios pensamientos y se asustó cuando él le acercó su mano por detrás de la oreja. Una tras otra empezó a sacar cartas, sacó la baraja completa sin conseguir arrancarle una sonrisa a la única persona que había despertado su interés. Acostumbrado a perder, se resignó y siguió adelante con su show, a fin de cuentas se acercaba la noche y necesitaba dinero para poder comprar comida.

«Hacer este tipo de truco siempre me da mucha sed», decía mientras sacaba de su improvisado baúl una caja grande de zapatillas, una

lata abierta de una renombrada marca de Cola y un vaso de Telgo-  
por extra large. Nos mostró el vaso mientras empezaba a derramar  
gaseosa dentro de él. Para sorpresa de la audiencia, soltó el vaso en  
el aire y logró la ilusión de que el mismo era solo sostenido por el  
chorro de bebida que caía desde un poco más arriba. Logró ganarse  
el aplauso de todos los que mirábamos asombrados y hasta la joven  
que se había mantenido inmune a sus encantos se corrió de atrás de  
su coraza y batió un par de veces las palmas. Cuando llegamos a la  
estación Agüero, se despidió con una reverencia y se bajó. Antes de  
hacerlo había puesto la lata de gaseosa dentro del vaso y los había  
colocado en el piso del subte.

Varios nos quedamos mirando los elementos, especialmente los  
que habían comentado cosas como «debe tener unos hilos sostenién-  
dolo». Uno se animó y decidido juntó los objetos del suelo. Con cara  
de sorpresa se los mostró a los demás: no había nada. Pero lo real-  
mente sorprendente ocurrió unos segundos después. En la siguiente  
parada, tras las aperturas de las puertas, Marcos, el mago mexicano,  
entró y le quitó de las manos los recipientes al sorprendido pasajero.  
«Permiso, me olvidé esto». Y antes de que las puertas volvieran a  
cerrarse, salió. No sin antes guiñarle un ojo a la muchacha que lo mi-  
raba sin comprender. Tras de sí, el mago subterráneo, dejó la catarata  
de aplausos más grande que yo haya escuchado.

## Charla en el subte subatómico

¿Cuál es tu favorito, el tiempo o el espacio? No sé, nunca lo había pensado. A mí me gusta el tiempo, es más exclusivo. ¿Cómo es eso? Pensalo, vamos a poder estar aquí nuevamente, pero nunca vamos a poder estar ahora nuevamente.

# Violonchelo

Con violentos golpes hace sonar las cuerdas del violonchelo. Sentado en un banco de la estación Pueyrredón, el artista recibe las monedas de su público circunstancial en el fondo de un sombrero de ala. Gris y gastado, el recuerdo del abuelo le hace de caja de ahorros a la vez que lo protege del invierno cuando sale a la superficie.

Con violencia, pero con gracia, le va arrancando las notas al pesado instrumento que recuesta sobre su hombro derecho. Una señorita de bufanda casi tan larga como para barrer el piso se queda escuchándolo un buen rato y luego deja un billete de 5 pesos. Él le agradece con una sonrisa reverencial. No es algo de todos los días. Y menos de un minuto después hace una pausa casi imperceptible para echarse el billete en el bolsillo del saco. Por las dudas.

Luego de la última bocina de alerta, el subte cierra sus puertas. Como siempre, algunos quedaron del lado de afuera sin más remedio que esperar por el próximo. La chica de la bufanda larga está del lado de adentro. No hay lugar para sentarse, por lo que se acomoda a un costado, sosteniéndose firme con su mano derecha. En la siguiente estación se repite el ritual; las puertas se abren, gente entra y sale chocándose, bocina, alguna corrida, las puertas se cierran.

De todas las personas que subieron nos interesa un oficial de policía. Viste de uniforme aunque no tiene la gorra puesta, la sujeta con las dos manos y viaja con la espalda apoyada junto a una puerta. La chica de la bufanda larga alcanza a ver el interior de la gorra: una imagen de Nuestra Señora de Luján. Se pregunta si estará en todas las gorras o será un detalle solo de ésta, bordada tal vez por una madre o esposa preocupada.



Estación Bulnes. La chica de la bufanda larga se baja y sube un anciano de sobretodo. Con pelo cano y ralo, el hombre hace su entrada tosiendo y quejándose. El subte amaga ponerse en marcha nuevamente pero carraspea antes de arrancar definitivamente, como carraspea el viejo, que aprovecha la sacudida para volver a quejarse, aunque nadie lo escuche. Una joven muy delgada le da su asiento y se para junto al oficial de policía. Repara también en la imagen de la Virgen, pero le parece una pavada. Segundos después, a medida que el subte aminora la marcha, mira por la ventana el nombre de la próxima estación. Sí, es ésta. La escuálida chica pertenece a una especie de club en Internet que organiza encuentros muy extraños y fugaces. Una especie de diversión para personas aburridas de todo ¿Quién será? Una de las personas que subió es un estudiante de secundaria de 16 años. Alto para su edad, pero todavía con cara de pavo y acné, mucho acné. Aprieta en su mano un papel con las coordenadas y la identificación: línea D, Plaza Italia, 3er vagón, 14:25, tatuaje en el cuello. La joven delgada no lo reconoció aún, pero eso no importa. Tal vez ni siquiera se voltee a verlo. Corre su cabellera con la mano dejando su cuello al descubierto. El símbolo chino en tinta negra funciona como un imán para su cómplice que se acerca por la espalda y se lo besa. El corazón le late con mucha fuerza, tanta que parece que se le va salir. No puede creer que se haya animado a hacerlo. Baja corriendo en Palermo.

El viejo, que vio toda la escena, murmura para sí mismo algo sobre los jóvenes de hoy en día, a la vez que recuerda con nostalgia alguna aventura de la juventud.

Algunas estaciones más atrás, un violonchelo toca La Cumparsita, último tema del día antes de volver a la casa.

## El inocente

El día recién empezaba pero yo ya quería que termine. Eran las 11 de la mañana de un día de noviembre de 2010 y, con mi mochila en la mano, viajaba a algunos kilómetros por hora debajo de la tierra. La línea D me alejaba de los pretenciosos barrios porteños, y en una combinación y algunos minutos más estaría en Retiro. Qué nombre más apropiado.

Las puertas de la maquinaria se abrieron en Bulnes con ese característico silbido y como se abrieron, luego de la entrada de muchas almas, se cerraron.

No reparé en el hombre que había entrado empuñando un arma hasta que escuché a la mujer gritar «tiene un arma», con un quejido desgarrador, y antes de que el sonido de su voz en función del tiempo describa una curva perfecta, el hombre la calló de un balazo.

Aturdido por la situación pensé en escaparme, pero una muralla de cuerpos se interponía entre mí y la puerta hacia el próximo vagón. De nada hubiese servido. No lo sabía aún, pero en los otros vagones también había hombres con armas empuñadas y uno a uno mataban a los pasajeros. Vi cómo algunos abrían las ventanillas y se arrojaban a las vías desde la máquina en movimiento. Mal negocio, cambiaban una muerte rápida, el beso de un pequeño ser de plomo, por la agonía de ser destrozados en aquel túnel.

Cuando no quedaba nadie vivo más que yo en el vagón me volví a sentir aturdido, más que antes. Miré a mi alrededor y el hombre del arma ya no estaba. Sin embargo, una sensación en la que no había reparado me asaltó de sobremanera. Allí, pesada, tibia, con los músculos de mi mano que la apretaban tensionados, estaba empuñada el arma.

### 3. ETCÉTERAS

*Este libro termina con un puñado de relatos tramposos. No son historias que se hayan contado a la sombra de la basílica, calentando la noche con licor de menta, sino que fueron aportadas por miembros del grupo durante una entrevista al enterarse de la edición de este libro. No aceptaron un NO como respuesta, por lo que fueron incluidas en la sección Etcéteras.*

**2084**

Le rezó una plegaria al televisor y salió a la calle.

# Anécdotas del maldito nerd

## Torpeza

El maldito nerd tipeaba enérgicamente contra su teclado. Uno a uno los comandos volaban hacia el ciberespacio y traían sus respuestas. Ejecutaba complejas consultas sobre complejas bases de datos. Armaba túneles encriptados con minucioso cuidado a través de redes no seguras. Con quirúrgica delicadeza se movía entre los enlaces que forman Internet. Era un discreto espía, un hábil ninja, era el Indiana Jones de los servidores, el Spiderman de la World Wide Web, un Tarzán en esa selva.

Un enter final y con aire de satisfacción cruzó sus manos por detrás de su nuca reclinándose levemente para contemplar su obra finalizada.

Cuando apartó la vista de la pantalla vio su taza de café y estiró el brazo para tomarla. Falto de coordinación motriz, el movimiento le salió más veloz de lo que esperaba y como un robot tonto le dio de lleno a la taza desparramando el líquido caliente arriba de su teclado.

Pegándose la frente contra el escritorio, se volvió a preguntar por qué era tan torpe en el mundo físico.

## El pez no nada fuera del agua

Su atención fue llamada poderosamente por un ícono en la parte superior derecha de la pantalla de la notebook. El maldito nerd, a regañadientes, se levantó de su silla y caminó con una idea fija. Cuando llegó a la habitación se sintió confundido. No recordaba qué hacía ahí. Sin nada mejor que hacer, se encogió de hombros y volvió

a su silla Confort-x (pasaba 18 horas frente a la pantalla, se merecía un buen asiento). Cuando se sentó, volvió a ver el ícono y recordó por qué se había levantado. Maldita falta de concentración. Refunfuñando levantó su cuerpo que se sentía pesado a pesar de estar constituido por no más de 65 kilogramos de carne humana. Llegó a la habitación y nuevamente se sintió confundido.

Repitió el ritual unas cinco veces antes de que su notebook se quedara definitivamente sin energía, y no llegó a buscar el cargador.

### **amantelatino18@...**

Luego de realizar algunas intrusiones ilegales, el maldito nerd tuvo algunos asuntos que arreglar con la justicia por lo que decidió asesorarse con profesionales. La abogada le pidió su dirección de correo electrónico para mandarle algunos documentos. Con una sonrisa torpe se excusó luego de deletreársela: «Me la hice cuando era chico... y me quedó». «No te preocupes, a todos nos pasó».

Casi se cae de la silla cuando recibió la documentación. Remitente: sexy82@...

## El recreo más largo de la historia

Esta historia ocurrió cuando era chico. Ahora ya soy grande, por supuesto. Estoy en 2° grado de la primaria y el próximo año mis compañeros y yo vamos a ser los más grandes del patio en el turno tarde. Los hechos tuvieron lugar en el jardín de infantes de esta misma escuela, y se convirtieron en lo que fue el recreo más largo de la historia.

Fue realmente largo. Duró 2 semanas. Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Estábamos en clase de dibujo con la señorita Carla, el calor de la primavera hacía sofocante algunos días y todos, como hipnotizados, pasábamos monótonamente nuestras ceritas de colores sobre las hojas Canson A3. Mi brazo parecía el péndulo de un reloj que ya funcionaba sólo a fuerza de tal aburrimiento. Entonces llegó la salvación, el timbre del recreo sonó y todos salimos corriendo dejando nuestros dibujos a la mitad.

Era el recreo de la comida, o recreo largo. Le decíamos así por que duraba 15 minutos y los otros dos solo 5. En los cortos uno no alcanzaba a salir, pasar por el baño, tomar agua en el bebedero, patear un par de pelotas, que ya tenía que regresar. En cambio el recreo largo era otra cosa, era otro mundo. Uno podía caminar tranquilo, sin tener que atropellarse para llegar al baño, comprar un sanguiche o una factura, comer tranquilo con los compañeros mientras charlaba de dibujos animados e incluso gastarle una buena broma a las chicas. Era la mejor parte del día.

Estábamos en medio de una de esas bromas cuando mi reloj marcaba que iban 13 minutos del recreo. Más vale que nos apuremos, le dije a Mariano, sino no llegamos. Lo ayudé a darle los últimos ajustes

al andamiaje que habíamos preparado. Apretar unas tuercas por aquí, tensar unas correas por allá. Y lo más importante, llenar el recipiente con agua y pintura.

La idea original era esta: cuando toca el timbre de regresar al aula, las chicas siempre son las primeras, antes que cualquier maestra. Y de las chicas, la primera siempre es Sofi. Ahora que miro el pasado, me doy cuenta de lo linda que era Sofía (a fin de año se cambió de colegio). Me gustaba, me tenía loco, y por eso era siempre ella, y no otra, el blanco de mis travesuras.

Volviendo a la idea, Sofi sería la primera en entrar, la puerta estaría convenientemente cerrada. Al girar el picaporte, accionaría un mecanismo de correas y poleas para que el recipiente lleno de agua roja caiga sobre sus hermosos cabellos rubios y los tiña. Un clásico. Al menos en la tele.

Digo que esa era la idea original, por que todo resultó totalmente de otro modo. Por empezar, el timbre del final del recreo nunca sonó. Mi reloj marcaba que llevábamos 16 minutos de libertad, y el timbre que todos los días era religiosamente accionado a horario por Gaspar, un ex militar que nos daba carpintería pero hacía a la vez de celador, no había sonado. Lo segundo que llamó mi atención fue que una de las maestras de la salita verde nos empezó a repartir caramelos y nos agrupó en el fondo del patio. Se veía algo rara y cuando nos hablaba le temblaba la voz.

Pero lo que cambió realmente todo fue un grupo de hombres vestidos de negro que vimos pasar por un pasillo. Tenían las caras cubiertas y en las manos armas de juguete. Al menos eso fue lo que la de la sala verde nos dijo.



Luego tres cosas sucedieron casi al mismo tiempo y bastante rápido. Primero se escuchó un ruido fuertísimo, como si mil petardos explotaran a la vez contra el portón de los Peretti. Luego un montón de personas salieron corriendo de una de las aulas. Esto fue realmente extraño, por que no las habíamos visto entrar. Lo tercero que pasó fue que dos patrulleros y un camión de bomberos se hicieron presentes a toda velocidad entrando tan bruscamente al patio que rompieron las rejas que dan a la calle. La voz del comisario se oyó a través del alto parlante. «Están rodeados, dejen salir a los chicos y luego entréguense».

El siguiente recuerdo que tengo es estar sentado en una ambulancia, tomando agua fresca con mi mamá al lado. Un médico decía algo de shock post traumático, pero yo no sé qué quiere decir. Al otro día también alcancé a reunir un poco más de información en el noticiero, pero enseguida mi papá cambió de canal. Decían algo sobre un grupo comando que había querido robar el banco que está al lado de la escuela. Yo los únicos comandos que conozco son los del video juego. La cuestión es que con todo ese alboroto no volvimos a la escuela hasta dos semanas después y fue por eso el recreo más largo de la historia.

El verdadero problema para mí en todo esto tuvo lugar cuando volvimos a la escuela. Hicimos una fila fuera del aula. No recordé que el mecanismo para nuestra broma seguía preparado hasta que vi a la directora girar la perilla y entrar primera. Entró rapidísimo y salió pintada de rojo. Yo no entré ese día al aula, me había ganado un pasaje directo a la dirección.

# El canto de Clementina

*Clementina fue la primera computadora para fines científicos traída a la Argentina. El Dr. Manuel Sadosky fue quien lideró las gestiones para su adquisición en 1959. El nombre de Clementina surgió de una canción popular inglesa que producía la máquina al funcionar.*

*Enciclopedia universal de la historia de la computación*

Era una soleada mañana de noviembre, en 1960, cuando el Braveheart se abrió camino entre las aguas del Río de la Plata para llegar a su destino. Con maniobras que no le eran ajenas o improvisadas, el experto capitán Johnson acomodó su barco en la dársena correspondiente. Abajo, en el puerto argentino, los jornaleros de La Boca ya estaban preparados para realizar su trabajo.

Mediante un complejo sistema de poleas y engranajes, los operarios del barco, todos ingleses, bajaron una tras otra las pesadas cajas de madera de su cargamento. Su interior contenía los tesoros más diversos para distintos habitantes de este país. Un automóvil de lujo, mercaderías exóticas, nuevos materiales y el objeto más extraño de todos, algo que nunca se había visto por estas latitudes: una máquina de cálculo tamaño industrial.

Con sus veinticinco toneladas, la Mercury era una de las únicas de su tipo, fabricada por científicos e ingenieros de Ferranti. Cada una de sus piezas había sido cuidadosamente fabricada y estrictamente ensamblada. Finalizado su proceso de construcción, que llevaba algo más de 6 meses, el equipo era sometido a diversas pruebas con el objetivo de asegurar la calidad que su marca representaba.

El sacudón que pegó su caja de madera cuando aterrizó violentamente contra el suelo argentino, tiró al demonio la precisión milimétrica de su ensamble y, disimulando la mala maniobra, uno de los trabajadores le sacó un poco de polvo al contenedor al acariciar la madera, a la vez que miraba para otro lado, menospreciando el hecho. Aquí no ha pasado nada. Utilizando un mecanismo basado en ruedas, el jornalero y sus dos compañeros, movieron el pesado armatoste hasta una de las bodegas que tenía lugar a pocos metros de donde el barco había dejado su carga.

Mario, que con el rostro dejaba entrever lo titánico de su labor, con la gorra se secó la transpiración de la frente. Los otros dos ya se sentaban en el suelo para descansar sus músculos cuando uno notó un pequeño orificio en la caja.

Efectivamente, con la caída, la cubierta se había dañado y a la luz del sol se podía ver el resplandor del objeto contenido. Entusiasmados, empezaron a preguntarse qué podría ser esa caja metálica que con poco esfuerzo podían observar al agacharse y bajar la cabeza a nivel del piso. Entre ellos no pudieron responderse.

Unos días más tarde, Mario estaba trabajando con otro cargamento y el destino o el infortunio lo llevó al mismo depósito, a la misma sección donde habían dejado al armatoste metálico. Había escuchado que el engendro iba a quedarse por lo menos dos meses ahí. Estaba destinado a la Universidad de Buenos Aires, pero todavía no habían terminado las refacciones edilicias para poder albergarlo. El mamotreto medía 20 metros de largo y era más alto que él. La curiosidad lo había llevado a preguntarle a su superior de qué se trataba ese misterioso artefacto y lo único que consiguió por respuesta fue

que era un aparato muy caro, para realizar cálculos muy complejos y que ni se le ocurriera abrir la caja. Mario era conocido entre sus colegas por ser un mecánico excepcional, autodidacta y muy pero muy curioso. Los hechos que acontecieron también demostraron que resultó ser un empleado de lo más desobediente.

Fue así que la tentación pudo más que las advertencias de la jerarquía laboral y una tardecita, cuando ya caía el sol, armado con su caja de herramientas, sacó uno a uno los tornillos que cerraban una de las caras del contenedor.

Lo que vieron sus ojos lo impactó. La estructura no era un único bloque metálico, como había espiado el primer día desde el suelo, sino que tenía distintas secciones y partes. Cubiertas de plástico transparente que protegían soportes para vaya uno a saber qué, placas de madera tan pintada que se confundían con el metal y muchas válvulas de vidrio. Además había muchas partes móviles prolijamente dispuestas dentro de cajas de cartón. También había una cantidad de manuales con instrucciones. Cuando Mario los sacó y apiló, los volúmenes formaban una pila más alta que él. Tomó uno y lo abrió al azar. Para su desazón, no podía entender lo que decía ya que estaba escrito en un idioma que desconocía. Esto no lo desanimó y guiándose por los dibujos de otro de los libros pudo disponer casi todas las partes en una forma más o menos armónica que incluso resultó funcional. Con unos ajustes al toma corriente pudo conectarlo al suministro principal del galpón en el que se encontraba, y con un sonido que se asemejaba a un zumbido de abejas, cada vez más fuerte, el mamotreto tomó vida.

Hipnotizado por el sonido y las luces de las válvulas de vacío, Mario se quedó parado con la boca abierta y la cabeza alzada hasta que un mosquito que volaba por ahí pasó muy cerca de su oído y lo sacó de su ensimismamiento. Instintivamente miró el reloj pulsera. ¡Eran las 2 de la madrugada! Al otro día entraba a trabajar a las 6. Si se iba a su casa en tren llegaría cerca de la hora en que ya tendría que regresar; así que sin nada que cenar, desarmó todo en media hora y se quedó dormido ahí, a los pies de la primera computadora que había funcionado en el país.

Al otro día lo despertó la luz del sol, se arrimó hasta unos compañeros que estaban desayunando al costado del Río de la Plata, y sin contarles nada de lo que había ocurrido la noche anterior, compartió con ellos el desayuno. El pan con queso y aquellos mates amargos nunca le habían sabido mejor. Tenía más hambre que aquellas personas que a veces veía bajar de los barcos a escondidas y que luego se perdían corriendo entre las calles de Buenos Aires, deseando encontrar la vida que venían a buscar.

En lo laboral ese día fue muy malo, la falta de sueño le hizo sentir el trabajo el doble de pesado y para cuando terminó estaba tan cansado que renunció a sus planes de seguir explorando aquella misteriosa máquina. Desanimado se fue caminando hasta la estación de trenes y corrió para tomar uno que ya se había puesto en marcha. El día que venía de mal en peor dio un giro de 180 grados cuando jadeando levantó la vista en su asiento y la vio.

Magdalena era una chica bien de Buenos Aires. Su padre era abogado y ella estudiaba para seguir sus pasos. Una tía suya vivía en La Boca y por eso muchas veces Mario la veía tomar el tren. Nunca se

había animado a hablarle, pero algo en el aire lo llevó a hacerlo ese día. Pudo haber sido el cansancio extremo que le nublaban los pensamientos y no le dejaba actuar con lógica. O el verano que se aproximaba y el calor que hacía a las chicas verse más lindas. O incluso el encuentro con aquella máquina; dicen que un hecho asombroso lleva a otro hecho asombroso. Él había estado cara a cara con la punta de la tecnología mundial, aunque no lo sabía, y ahora estaba cara a cara con la punta de la hermosura rioplatense. Y eso sí lo sabía.

Se levantó de su asiento y caminó unos pasos por el movedizo tren hasta llegar a su asiento. Ella leía muy concentrada o aparentando estarlo. Tomando la punta de la visera de su gorra y bajándola un poquito en señal de reverencia le habló.

—Buenas tardes, señorita.

Y ella, sacando la vista del libro, lo miró. No pudo evitar regalarle una sonrisa, aunque con muchas fuerzas intentó evitarlo. Sabía que no era de chica bien andar sonriéndole a extraños en el tren, pero la cara cansada y franca del muchacho, que denotaba el mucho coraje que había tenido que tomar para llegar hasta ella, no le permitió a su organismo otra reacción.

Pidió permiso para sentarse y charlaron todo el trayecto. Él le habló sobre su trabajo y sobre las cosas que llegaban al país. Ella contó sobre sus estudios y sus interminables días dentro de la facultad de derecho. En un momento la conversación se estancó y los dos jóvenes se miraban sin saber que decir. Entonces, para salvar la situación, Mario trajo a la charla el acontecimiento del día anterior. Si bien no era de su especialidad, Magdalena sabía muy bien de qué se trataba. La noticia de la nueva máquina adquirida por la universidad había

recorrido todas las facultades e incluso ella había asistido a una presentación en la que el famoso matemático Manuel Sadosky había contado las posibilidades que la máquina traería al país y había hecho propaganda a una nueva y, en sus palabras, excitante carrera, la de Computador Científico. Mario lanzó un soplando al aire demostrando sorpresa, ni se imaginaba que ese pedazo de chatarra luminoso fuera tan importante. Justo cuando estaba por preguntarle más al respecto, la parada donde Magdalena se bajaba fue anunciada y no tuvo más que quedarse con sus preguntas en la boca. Hasta la despedida fue más insípida de lo que él se imaginaba luego de esos largos minutos de animada conversación.

—¿Cuando volvés a La Boca? —alcanzó a gritarle desde la ventanilla.

—El viernes —contestó la chica, mientras con la misma sonrisa se acomodaba el cabello que el viento despeinaba.

Aquella noche fue extraña para Mario. Pasó de dar muchas vueltas en la cama y no poder dormirse, a caer totalmente dormido, exhausto y sin energías. Él no supo si atribuirlo al cansancio, al encuentro en el tren, o a las ideas que se le habían disparado en la mente relacionadas a la máquina que esperaba silenciosa allá en un depósito cerca del puerto de Buenos Aires. Seguramente fue por una mezcla de todo lo acontecido en las últimas 48 horas. Era sábado y la espera hasta el próximo viernes se le estaba haciendo eterna. Por suerte ya sabía con qué mantenerse ocupado.

El viernes siguiente, antes de que salga el sol, Mario ya estaba en el tren camino al trabajo. El ruido de la locomotora siempre lograba arrullarlo y terminaba en el vagón algún sueño que le hubiera queda-

do por la mitad. Había pasado una semana desde su encuentro con Magdalena y había estado contando los días desde entonces para volver a verla. Grande fue su sorpresa cuando llegó al trabajo y la vio hablando con su jefe ¿Qué puede estar haciendo? Hablaban y se reían como si se conocieran desde hace años, pero no podía ser. La situación le resultaba inquietante, y sin animarse a intervenir en la conversación, cabizbajo se fue al sector donde lo esperaban sus compañeros y el trabajo matutino. Bajó algunos vehículos, movió algunas cajas y ayudó con una grúa que se había trabado bajando una carga, pero todo lo hacía sin dejar de mirar sobre sus hombros. Ahí estaba la mujer que cautivó sus pensamientos durante toda la semana, hablando y hablando con su jefe sin parar de hacerlo. A la hora del descanso, vio como la muchacha y el hombre, bastante mayor que ella, se despedían con educados gestos, así que sin dudarlo salió a su encuentro.

—Buenos días, señorita.

Y la joven lo miró de arriba abajo como si no lo conociera. El jefe, que no había alcanzado a alejarse, pegó media vuelta sobre sus talones y aprovechando la oportunidad de lucir su puesto de mandamás frente a ella pegó unos gritos en el aire, preguntó a la dama si la estaban molestando y haciendo una referencia a la genealogía española de Mario más unos gestos apremiantes, lo mandó a que regrese a su rincón. Mario, que no entendía nada de la situación, se dejó llevar por la misma y como empujado, pero sin que nadie le ponga una mano encima, abandonó la escena.

No daba crédito a lo que había vivido. Repasaba y repasaba la situación y todo se le hacía de lo más ridículo ¿Por qué Magdalena



fingía desconocerlo? ¿Qué relación tenía con su jefe y por qué tantas risitas? Tal vez se avergonzaba de él y pensaba que había sido una locura hablarle en primer lugar ¿Cómo una chica bien, como ella, iba a andar con un trabajador como él que olía todo el día a sudor y tenía las manos sucias? Seguramente era eso, la muy engreída se creía mucho para él. Pues bien, ella, su cochina estirpe de abogados, su jefe y todos en el puerto se podían ir bien al demonio; de un portazo se encerró en uno de los galpones.

Por supuesto, no en cualquier galpón, en su cólera, sabía muy bien a dónde se dirigía. Si algo podía calmar su enojo era trabajar con sus manos, y desde hacía una semana, el mejor lugar para hacerlo era el galpón 314, donde guardaban la Gran Máquina.

Con la paciencia de un artesano, volvió a retirar cada una de las piezas que había sacado más de diez veces ya, y dejó la máquina en el estado que él llamaba «abierta». No se trataba de que literalmente hubiera estado abierta, pero era un esquema bastante útil que resaltaba por dos características. Por un lado, tenía suficiente espacio como para ver y tocar elementos internos, manipularlos, limpiarlos, cambiarlos. En fin, jugar con ellos, como un chico juega con sus juguetes. El otro aspecto importante era que las piezas que quedaban fuera de lugar eran un número suficientemente pequeño como para poder ponerlas todas en su lugar de fábrica en menos de dos minutos. Este hecho, para nada trivial, le permitía rápidamente dejar todo listo si alguien se asomaba por los alrededores. Rápidamente dejaba la máquina en el estado «aquí no ha pasado nada» y continuaba como si solo estuviera de paso.

Pero en esta oportunidad, las cosas se dieron de un modo algo distinto. Seguía nervioso, así que luego de unos minutos de trabajo, salió por la parte de atrás del galpón a tomar algo de aire. Quiso el destino o el infortunio que en ese mismo momento, Magdalena entrara por la puerta principal. Miraba para todos los costados como si buscara a alguien y, al no encontrarlo, su mirada se posó en la computadora. En su mano apretaba un sobre. Sobre que contenía una carta con todas las respuestas que Mario ansiaba. Se le hacía tarde, en menos de un minuto vendrían por ella. Tuvo que pensar rápido y lo hizo bien, escondió su carta dentro de la máquina, a la espera de que las hábiles manos de Mario la encuentren durante su trabajo y pueda por fin comprender su verdad. Y ayudarla. Ante un grito que la llamó por su nombre, Magdalena dejó corriendo el lugar.

Los hechos que se sucedieron a continuación fueron de un azar y una fatalidad que rozan lo ridículo. Y sin embargo, ciertos.

Manuel Sadosky entró por la calle principal que daba a los galpones del puerto echando pestes y agitando un bastón que no necesitaba pero llevaba siempre consigo para darse un aire de intelectual europeo. Lo agitaba con tanta euforia que era difícil distinguir si su cólera era real o una mera actuación. Reclamaba llevarse la computadora, esgrimía que el establecimiento dónde la colocarían ya estaba listo y refunfuñaba que nadie en todo el puerto había atendido sus llamadas.

Al verlo desde el otro extremo, Mario corrió dentro del 314 y con la habilidad que había adquirido aquellos días, juntó todas las piezas, armó, plegó y cerró. Un minuto, treinta segundos. Había batido su

propio récord. Pero no sabía que con su apresurado armado también había encerrado y para siempre la historia de esa chica que una vez había conocido en un vagón del tren. Su carta quedaría encerrada por años entre los componentes de aquella primer gran computadora sin poder contar la historia que guardaba. Dispuesta con tanta buena puntería que, cuando la máquina fue encendida por primera vez en el cuarto piso del edificio principal de la UBA, el roce del papel con los componentes internos emitieron el sonido que uno de los becarios reconoció como Clementine, una canción inglesa. Y así fue como, por el destino, el azar y el infortunio, la máquina obtuvo el nombre con el que fue bautizada.

# EPÍLOGO EN DIÁLOGO

## Donde los personajes interpelan al autor

—Che, Juanjo ¿Cómo nos vas a poner Los caballeros de la Rosa?! Van a pensar que somos un club de fans de Sandro.

—O peor aún, los amantes de una señora llamada Rosa.

—Te subo la apuesta. Algún desprevenido va a leer mal y va a pensar que somos Los caballeros de Las Rosas, la ciudad santafesina.

—Ja, ja, no se quejen, que si no fuera por el libro ustedes ni siquiera existirían. El nombre del grupo es en honor a Javier de la Rosa, un ermitaño que vivió, muchos años antes, cerca del departamento donde viví casi diez años en Guadalupe.

—Y otra cosa, qué es eso de llamar cuento a una oración, un renglón o menos de media página.

—Y el del bar Las Moscas ni lo terminaste, cara rota. Y hay uno que la verdad no me gustó, por suerte no aparezco en ese.

—El de Clementina lo presentaste en un concurso de cuentos y no sacaste ni una mención.

—Se despertaron bravos hoy, ¿eh? El microcuento es un género tan válido como cualquier otro y contar una historia en pocas palabras, puede requerir tanto o mas esfuerzo que hacerlo en miles. Por otro lado, es verdad que no va a haber alguien a quien le guste todos los cuentos. Son muy diversos en temática y estilo; algunos rozan la literatura experimental. De hecho pensé en dejar algunos afuera, pero quería incluir tanto como pueda de lo que estuve escribiendo este tiempo. Desde lo alto de mi ego, me gusta pensar que tienen un valor documental.

—Bueno, bueno... hablando de otro tema. Acá se termina el libro y nosotros desaparecemos. Morimos. Estamos condenados a vivir solo cuando alguien nos lea y vos no sos un escritor muy popular que digamos, así que la sogá de nuestra vida es algo corta...

—Estábamos pensando acá con los muchachos, si puede ser, no sé, viste, vos pensalo, manejaló...

—Si nos podrías incluir en otro libro, como para aumentar nuestras chances.

—Eso nunca se sabe. Tengo ganas de escribir una novela, pero no se si me va a dar el cuero. Si lo logro, alguna participación les prometo.



Este libro fue editado e impreso gracias a la colaboración económica de muchas personas a través del sitio web:

<http://idea.me/proyecto/144/loscaballerosdelarosa>

## **PRODUCTORES**

César Ballardini

Diego Sarmentero

Joel Lorenzatti

John Lenton

Misael Zapata

Raúl Conti

Ricardo Reynoso

Roberto Alsina

Romina Crea

Susana Garau

Sussan Boutique

Tavo Tell

Tomás Bracalenti

<http://www.juanjoconti.com.ar/cuentos2>

**Los caballeros de la Rosa. Historias ciudadanas is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported License.**

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>